

consumaron atentados que sobrepujan en enormidad á cuantos se presentan en la historia.

Conocieron que para obtener el resultado que se proponían, no podían serles útiles los sistemas de justicia, ni los axiomas comunes de humanidad, ni todo el círculo de los principios adoptados por Licurgo, y por lo tanto, se propusieron seguir un rumbo opuesto. Esperar que la muerte hiciera desaparecer los grandes propietarios, ó que estos consintieran en despojarse; que los años desarraigasen el fanatismo, ó vieran á cambiar los usos y costumbres; que el ejército se fuera reemplazando con nuevos reclutamientos; todo eso les pareció de éxito poco seguro y demasiado lento, y como si el establecer la república y el defender el país, fuesen empresas, que acometidas separadamente no se acomodaran á la magnitud de su ardimiento, resolvieron acometer las dos á un mismo tiempo.

Seguros de la adhesión de la guardia nacional, colocados en sus respectivos puestos los agentes que en todos los ángulos de la república habían de intervenir en la obra, y dada la palabra de paso á todas las sociedades secretas, tapándose los monstruosos ejecutores del plan los oídos, mas bien dicho, embotando cuanto les fue posible su sensibilidad dieron la espantosa señal que debía reanimar las cenizas de la antigua Esparta. La nación creyó oír el pavoroso eco de la trompeta del ángel exterminador; los monumentos de los hijos de los hombres se derrocaron sobre sus cimientos: entreabrióse las tumbas como para devorar las nuevas presas.

CAPITULO XV.

CONTINUACION.

Mil ensangrentadas guillotinas aparecieron simultáneamente en todas las poblaciones de Francia. Entre el estrépito del cañon y el redoble de los tambores el ciudadano se despertaba á media noche y recibía la orden de marchar al ejército, y en tanto que creyéndose víctima de la ilusión de un sueño, duda y vacila en lo que ha de hacer, sus ojos se fijan en los pálidos rostros y en los mutilados cuerpos de los infelices que tal vez no rehusaron obedecer á la primera intimación, sin tener el triste consuelo de dar el postrer adiós á su familia! ¿Qué podrá hacer en tal conflicto? ¿A quién podrá reunirse para evitar la requisición? (1) Cada ciudadano ha sido cogido aisladamente; no hay medio de defensa. Por una parte es inevitable la muerte, por la otra ve pasar grupos de voluntarios que huyendo del hambre, de la persecución, y de la intolerancia del interior, van al ejército, ébrios de vino, de himnos (2) y de juventud á buscar pan y libertad. No hallando, pues, mas que un solo camino para evitar la guillotina que no se aparta de su vista, se lanza por él y marcha al ejército con el corazón abrumado de desesperación. Al llegar á la frontera la necesidad de defender su vida, el valor natural á su raza, la volubilidad y entusiasmo de su carácter, la buena paga que goza, (3) el alimento abundante, el tumulto, los azares de la vida militar, las mujeres, el vino y su condicion naturalmente dispuesta á la alegría, le hacen olvidar que ha sido violentamente arrancado de sus hogares, y por último llega á conve-

(1) Ya hemos dicho que la idea de las requisiciones se tomó de Esparta. Todos los ciudadanos estaban obligados á servir á la patria desde los veinte á los sesenta años. En caso de urgencia, los reyes y los eforos podían requisar caballos, esclavos, carros, etc. (V. PLUTARCO Y JENOFONTE).

(2) Los himnos de Tirteo en Esparta, y los de Lebrun y Chénier en Francia.

(3) La paga está demás. No pocas veces se batieron los soldados republicanos sin paga y sin vestidos. Solo en tiempo del Imperio principiaron las fortunas militares.

tirse en un héroe. Así es como el rigor y las recompensas crean ejércitos como por encanto. Una vez dado el primer ejemplo de obediencia á las requisiciones, los hombres cediendo al impulso de imitación, y desentendiéndose de sus propias opiniones, siguen precipitadamente los pasos de los demás.

Estos fueron los rudimentos de la fuerza militar, pero era preciso darles organización. Un comité, cuyos talentos, según dicen, no pudieron ser excedidos sino por los crimenes, se ocupó en dar unión á esos cuerpos disgregados, y no se crea que para eso se consultaron las tácticas de los Julio César ni los Turennes; nada de eso. Todo debía ser enteramente nuevo en un mundo de nueva creación. Ya no se trataba de salvar la vida de un hombre, ni de dejar de dar una batalla, cuando la pérdida pudiera ser por lo menos recíproca: todo el arte se redujo á un cálculo de masas, de velocidad y de tiempo. Los ejércitos se precipitan en número duplicado ó triplicado con respecto á las masas: los soldados de artillería viajan en posta de Niza á Sila por lo tocante á la velocidad, y todas las horas son á propósito para caer sobre el enemigo: quedan, pues resueltos los tres problemas. ¿Se perderán diez mil hombres para tomar una posición? ¿Será preciso atacar veinte veces y veinte días seguidos un reducto? (4) ¿Qué importa si por último se consigue la victoria? Fácil es hacer conquistas cuando no tiene ningun valor la existencia de los soldados. ¿No son conducto seguro los desertores y los espías? En medio del campo raso van los ingenieros á estudiar los flancos mas débiles de los ejércitos enemigos y á asegurar la victoria á despecho del secreto y del talento. El telégrafo hace volar las órdenes: la tierra cede su salitre y la Francia vomita innumerables legiones.

CAPITULO XVI.

CONTINUACION.

Al paso que los ejércitos se organizaban, iban poblándose las cárceles con todos los propietarios de la nación. En unas partes los ahogaban á millares (*en Nantes*): en otras abrían las puertas de los calabozos llenos de víctimas, y descargaban sobre ellas cañones cargados con metralla, (*en Lyon*). El cuchillo de la guillotina no descansa de día ni de noche. La acción de esta máquina de destrucción pareció demasiado lenta en concepto de los verdugos; no faltaron artistas que inventaron otras capaces de cortar muchas cabezas de un solo golpe (*en Arras*). Preciso fue cambiar el sitio donde se hacían las ejecuciones, pues ya no era practicable el paso por las plazas públicas inundadas de sangre: no cabían ya los cadáveres en los inmensos fosos que se habían abierto á propósito; hubo que abrir otros nuevos (5). Ancianos octogenarios, niñas de diez y seis años, padres, madres, hermanos, hermanas, maridos, esposas, todos confundidamente caen en un horrendo monton, cubiertos los unos con la sangre de los otros.... De esta manera consiguieron los jacobinos cuatro objetos cardinales para el establecimiento de la república: destruyeron la desigualdad de condiciones, nivelaron las fortunas, aumentaron la hacienda pública apropiándose los bienes de los sentenciados, y se captaron la adhesión del ejército, lisonjeándolo con la esperanza de ponerlo algun día en posesión de aquellos bienes.

Sin embargo, el pueblo que no oye hablar mas que de conspiraciones, y de pérdidas y de invasión, aterrado por sus propios amigos, y creyéndose puesto so-

(4) En Esparta el general que salía mal de un primer combate estaba obligado á volverlo á dar. (JENOFONTE, Historia de Grecia).

(5) Véanse los *Mensajes á la Convención*.

bre una mina próxima á estallar, cayó en una especie de estúpido terror. Ya lo habían previsto los jacobinos (a). Entonces le pidieron su alimento y el pueblo se lo dió; su vestido, y el pueblo se despojó de él; su vida, y el pueblo la entregó sin dar una señal de sentimiento (1). Vió el pueblo que los templos se cerraban; vió caminar sus ministros al patíbulo, vió que su antiguo culto quedaba proscripto bajo pena de muerte. Dijéronle que no temiera las venganzas del cielo sino la guillotina, y al mismo tiempo le proponían que adorara virtudes, en cuyo obsequio se instituyeron públicas solemnidades, en las que unas jóvenes vestidas de blanco y coronadas de rosas, entretenían la estúpida curiosidad de la multitud, cantando himnos en honor de los dioses (2). Llegó aquel desgraciado pueblo en medio de su estupefacción á no saber dónde, ni cómo existía. En vano se ofrecían alguna vez á su memoria recuerdos de sus antiguas costumbres; nada de ellas existía ya. Parece que una nación extranjera extrañamente vestida (3), ha invadido el suelo patrio, y reemplazado á la antigua generación. Si recuerda sus antiguos días festivos y sus acostumbrados deberes, oye resonar en su oído otros nombres cuyo significado apenas puede comprender. No figura ya el domingo en el catálogo de los días. Presume el pueblo que aquel estado de angustia cesará al principiar el año nuevo. ¡Vana esperanza! Como si para siempre hubiese sido condenado á tal cúmulo de miserias, los meses han cambiado de nomenclatura, y el tiempo ha variado su sucesión cronológica, de modo que no parece sino que el efecto de la revolución política ha influido hasta en la revolución periódica de los astros. Anda sobre su suelo nativo el triste pueblo como desencaminado en una tierra de prodigios, temiendo extraviarse al atravesar calles y plazas, cuyos nombres le son desconocidos (4).

Si tales innovaciones perturbaban su cabeza, no eran menos extrañas las ideas que acababan de trastornar su corazón. La lealtad, la constancia, el amor á los hijos, el respeto á la religión, todos esos nobles afectos que desde su infancia estaba acostumbrado á considerar como muy buenos, no son, según le dicen ahora, mas que vanas quimeras de que los tiranos se aprovechan para tener en sujeción á los esclavos. No debía un republicano (5) tener amor, ni lealtad, ni respeto mas que á la patria. Resueltos finalmente los jacobinos á producir un cambio total en la sociedad, y sabiendo que la educación es lo que forma al hombre, pusieron á los ciudadanos en la precisión de enviar sus hijos á los colegios militares, en donde se les nutrió de hiel y de odio contra toda clase de gobiernos, y preparándolos por medio de una educación á lo espartano (6), se les puso en disposición de emprender la conquista del mundo, enseñándoles á cambiar los mas dulces afectos de la naturaleza por la ferocidad de los tigres, ó las virtudes de unos seres cuyo corazón fuera de metal.

(a) Los jacobinos nada habían previsto: sacrificaban al pueblo solo por sacrificarlo. La revolución era un combate entre lo pasado y lo presente, solo se pensaba en triunfar sin pensar en lo que se haría después de la victoria. (N. ED.)

(1) Requisiciones de Esparta.

(2) Para sustituirlo con el culto de la Grecia.

(3) El gorro de los hombres y la casi desnudez de las mujeres eran también imitación de Esparta, aunque podían haberlo sido asimismo de otros países.

(4) Muy conocidas son las variaciones que se hicieron en la nomenclatura de los meses, de las calles, etc.

(5) En esto se echa particularmente de ver toda la moral de Licurgo, pero pervertida y acomodada á su manera.

(6) Los gimnasios. Sabido es que el carácter dominante de Esparta era el odio á las demás naciones, y el espíritu de ambición. «¿En dónde fijareis vuestras fronteras, le preguntaron á Ageclao? En la punta de nuestras picas», contestó el Lacedemonio. Los republicanos franceses habrían respondido tal vez: «En la punta de nuestras bayonetas».

A tal estado había quedado reducido el infeliz pueblo traqueteado por las poderosas manos de aquella facción, transportado sin saber cómo á un nuevo mundo, aturrido con el clamor de las víctimas y los cánticos de victoria que resonaban en todas las fronteras, cuando Dios fijó una mirada sobre la Francia, y precipitó otra vez los monstruos en el abismo (7).

CAPITULO XVII.

FIN DEL ASUNTO.

Acabamos de ver lo que fueron los jacobinos. Mucho se ha hablado acerca de ellos, y sin embargo son pocas las personas que los conocieron. La mayor parte de estas se contentan con declamar y revelar los vicios de aquella sociedad, sin dar noticia del principio general que era el móvil de todas sus acciones. Ese principio consistía en el sistema de perfección para el cual era preciso restaurar las leyes de Licurgo.

Hemos concedido demasiado á las pasiones y á las circunstancias. Un rasgo distintivo de nuestra revolución es, que es preciso admitir la vía especulativa y las doctrinas abstractas como causa infinita en sus efectos. La revolución fue producida en parte por los literatos que habitando, por decirlo así, mas en Roma y en Atenas que en su patria, trataron de resucitar en Europa las costumbres antiguas (8). Por este ligero

(7) No falta quien se ha reído de la minuciosidad con que los franceses trataron de cambiar su traje, costumbres é idioma; pero es indudable que obraban con arreglo á un plan vasto y meditado. Los que saben la influencia que ejerce en el corazón humano unas palabras frívolas en apariencia cuando recuerdan costumbres antiguas, placeres ó penas comprenderán la profundidad de semejante plan.

Cuando se considera las grandes empresas llevadas á cabo por los jacobinos, los descubrimientos de historia natural que durante su dominación se hicieron, y los eminentes generales que se formaron en su escuela, no se puede menos de confesar que aquellos monstruos escapados del infierno trajeron consigo parte de los talentos diabólicos. No ignoro que desde su caída se esfuerza el partido reinante en representarla como unos imbéciles é ignorantes; pero puede calcularse el vigor de ese partido por los sacudimientos que ahora mismo está dando al gobierno.

No vaya á creerse que tengo la locura de afirmar que los jacobinos pretendieron reproducir materialmente el siglo de Licurgo en Francia: lo que quiero decir es que los caudillos de aquel partido aspiraron á una severa reforma, y que encontraron trazado en la historia de Esparta el plan que debían seguir. Algunas veces he sentido que el magnífico cuadro que tales sucesos presentan no haya sido delineado por manos mas hábiles que las mías.

(8) No se crea que me expreso así para insultar á ningún literato francés. Nunca será la diversidad de opiniones un motivo que me impida respetar los talentos. Aun cuando no fuera mas que por las relaciones que en otros tiempos tuve con algunos de aquellos hombres célebres, sabría en la actualidad contenerme en los límites del decoro.

Siempre me será grato recordar que algunos de ellos que gozan de merecida celebridad, como Mr. de La Harpe, se dignaron alentar los esfuerzos de un joven que no tenía otro mérito mas que su sensibilidad. La desgracia nos hace ser injustos, y nosotros, los emigrados no tenemos razon en despreciar la literatura de aquella época. Ademas del autor que he citado, recuerdo con singular placer los nombres de Bernardino de Saint-Pierre, Marmontel, Fontannes, Parny, Lebrun, Guinguené, Hins, Semierre, Collin d'Harleville, etc. Los señores Fontannes, Lebrun y otros muchos no parece sino que duplicaban sus talentos en proporción que se aumentaban los males que afligían á sus compatriotas.

Parece que la poesía adquiere nuevo brillo entre las ruinas de los imperios, así como algunas flores se complacen en cubrir las ruinas de los edificios.

Por otra parte, los literatos que permanecieron en Francia, han juzgado con demasiada acrimonia á los que emigraron. Tampoco tengo la dicha de conocer á estos, pero no cabe duda que los señores Pellier, Rivard, etc., ocupan un puesto distinguido en la literatura francesa. Los señores d'Ivernois y Mallet du Pan no son franceses, mas como han es-

bosquejo he procurado abrir una senda á los escritores que vendran en pos de mí. ¡Cuántas cosas me faltan aun que decir! Mas el tiempo, la salud y mi estilo, me van precipitando hácia la conclusion de la obra.

Desde que hemos puesto el pié en esta senda, abundan sobremanera en nuestro alrededor lecciones y ejemplos. Atenas nos ha hecho ya ver sus facciones en el tiempo de Pisistrato y la catástrofe de su hijo; Esparta en la organizacion de sus leyes acaba de presentarnos maravillosas semblanzas. Quanto mas avanzemos en este inmenso asunto, tanto mas interesante lo encontraremos. Hemos visto el establecimiento de los gobiernos populares entre los griegos; ahora vamos á comparar el talento de aquellos con el de los franceses, y el estado de las luces é influencia de la revolucion sobre la Grecia y sobre las naciones extranjeras, y por último, de la situacion política y moral de estos pueblos en aquella época.

CAPITULO XVIII.

CARÁCTER DE LOS ATENIENSES Y DE LOS FRANCESES.

¿Qué pueblos fueron en ningun tiempo mas amables que las brillantes naciones del Atica y la Francia? Al quedarse encantado el extranjero entre las delicias de la antigua Atenas y París, nunca encontró mas que corazones compasivos y bocas siempre dispuestas á sonreírle. Los veleidosos habitantes de esos dos emporios del buen gusto y de las bellas artes, no parece que han recibido la existencia sino para dejarla pasar en el seno de los placeres. Sentados en espléndidos festines (1) podreis ver á los ciudadanos de esas capitales riéndose con finura (2) de sus propios defectos y de los de sus príncipes (3), hablando á un mismo tiempo de política y de amor, de la existencia de Dios, y del triunfo alcanzado por la comedia que acaba de ponerse en escena (4), animando la conversacion con todas las gracias de la sal ática, y alternándola con canciones de Anacreonte y Voltaire entre amores, flores y vino (5).

¿Mas á dónde corre ese pueblo furioso? ¿De qué provienen esos alaridos de rabia en los unos y de desesperacion en los otros? ¿Qué victimas son esas degolladas sobre el altar de las Eumenides (6)? ¿Qué corazon es el que esos monstruos han devorado con su ensangrentada boca (7)?... Esos monstruos son los mismos hombres que haciendo alarde de profesar los principios de Epicuro danzan alegremente, y por la noche asisten á las farsas de Thespis (8) y al baile de la ópera.

Siendo á un mismo tiempo oradores, arquitectos, escultores y apasionados de todas las bellas artes, amando su existencia y estando llenos de dulzura y

crita asi como su ilustre compatriota en idioma francés, pueden los emigrados honrarse con sus ilustres talentos. La mayor parte de los miembros de la asamblea Constituyente, los Lalli, Mounier y Montlosier han escrito de un modo que hace tanto honor á su capacidad como á su corazon. Yo desearia que todos fuésemos justos, ¿pero como serlo dominando las pasiones?

(1) ÆSCHIN., in *Ctes.* VOLTAIRE., *Cuentos y misceláneas.*

(2) PLUT., de *Præc. reip. Ger.*; *Caract. de la Bruy.*

(3) PLUT., in *Pericl.*, *Sat. Menipp.*: *Noëls de la Cour.*, etc.

(4) PLUT., *Conv.*; JENOFON., *Ibid.*, PLUT., *Sept. Sapient. Conviv.*; J. J. CONFESÉ., y *Nouv. Elois.*

(5) ANACREON., *OS.*, VOLT., *Corresp. Gener.*

(6) TUCIDID.

(7) Mr. de Belrunce y otros muchos. Yo mismo he visto á uno de aquellos miserables decentemente vestido llevar colgando de un ojal un pedazo del corazon del desgraciado Héracles. La horrible repugnancia de otros hechos que podrían citarse, nos obligan á pasarlos en silencio.

(8) Thespis fue el inventor de la Tragedia.

humanidad, parece que no han sido creados (9) por la naturaleza mas que para estar adormecidos entre las dulzuras de la sociedad y de la paz. Mas si llega á resonar el eco de una marcial trompeta, todo aquel pueblo de mujeres se levanta presuroso. Arrancándose de la voluptuosidad de los festines y de los brazos de las cortesanas (10), se entrega á las mas duras fatigas de la guerra: pasando las noches en el campo raso y careciendo hasta de alimento, se lanza sonriendo (11) contra innumerables ejércitos de veteranos, y los dispersa cual manadas de tímidas ovejas (12). Hasta el gobierno que rige en esos pueblos participa de su carácter jovial y espléndido. ¿Qué importan los vicios? Sacrifique sus dias en la austeridad el que desee elevarse á una altura sublime; nosotros, dicen ellos, consagramos el dia de hoy á los placeres. A modo de oscuros pasajeros voguemos silenciosa y alegremente por el rio de la vida. La mejor forma de gobierno no es la mas libre, sino la que nos ofrece mas probabilidades de dulces pasatiempos (13)... ¡Cielos! ¿A qué fin condenar tantos ciudadanos á la cicuta y á la guillotina? ¿Por qué han quedado desiertos y ensangrentados esos tronos (14)? ¿Por qué huyen de su patria esas numerosas turbas de proscriptos (15)? — ¿Pues qué? ¿No sabeis que eran unos tiranos que intentaban sujetar por medio de la esclavitud á un pueblo libre é independiente?

Turbulentos y veleidosos en la prosperidad; invencibles y constantes en los momentos de infortunio; con natural disposicion para todas las artes, civilizados hasta el exceso durante la calma del Estado, rudos y casi salvajes en los disturbios políticos; flotando como un buque sin lastre á merced de sus impetuosas pasiones, remontándose una vez á las nubes, y cayendo otra vez en el abismo; entusiastas de lo bueno y de lo malo, practicando la primera de estas dos cosas sin exigir recompensa, y la segunda sin sufrir remordimientos; olvidándose con tanta facilidad de sus crímenes, como de sus virtudes; amantes tan pusilánimes de la vida durante la paz, como pródigos temerarios de sus dias en el momento del combate; vanos, ambiciosos, mofadores y propensos á innovaciones, despreciadores de todo lo que no sea ellos mismos; los mas amables de los hombres, si se les considera individualmente, y los mas detestables de todos cuando se reunen en corporacion, mas inofensivos que el cordero que se deja degollar, y mas feroces que el tigre que desgarrá las entrañas de su victima: tales fueron los atenienses de los tiempos antiguos, y tales son los franceses de la actualidad (16).

(9) Sabido es cuánto apego á la vida tenian los griegos. Antes de la revolucion no habia ningun pueblo que muriera con mas denuedo en el campo de batalla, ni mas tímidamente en el lecho que los franceses.

(10) PLUT., in *Pelop.*, SIGLO DE LUIS XIV.

(11) HERODOT., lib. VIII, cap. XXVIII.

(12) HERODOT., lib. IX, cap. LXX *Memorias del general Dumourier*, *Campañas de Pichegru*. Estando Leonidas á punto de atacar á los persas en las Termópilas, dijo á sus soldados: Esta noche cenaremos con Pluton, y todos contestaron con una exclamacion de alegría.

(13) ATHENEO, lib. XII, cap. VIII; *Luis XIV, su corte y el regente.*

(14) PLAT in *Hipparc.*, *Consp. de L. F. de Orleans y de Max. Robespierre.*

(15) HERODOT., lib. V.

(16) Todos estos rasgos estan tomados de los autores citados en las notas anteriores, no habiendo por mi parte añadido al retrato mas que los epitetos comprendidos desde la palabra *vanos* hasta *corporacion*. Ese prurito de ridiculizar á los demás pueblos, tal vez habrá costado tantos males á la Francia como á los mismos griegos que tambien estuvieron poseídos de esa mania. No pocas veces auxiliado del arte de la flisonomía, tan superiormente tratado por Lahater, me he complacido en examinar rostros donde al través de la petulante sonrisa, de la presunta superioridad, se traslucia una alma frívola y enteramente opuesta á su aspecto exterior.

Lejos de mí la intencion de difamar el carácter francés. Cada pueblo tiene su vicio característico, y sé muy bien que si los hijos de la Francia pecan por crueldad, tambien redimen ese defecto por otras mil apreciables cualidades. Sé muy bien que son generosos, bizarros, padres indulgentes y buenos amigos: me complazco en tributarles esos justos elogios, cuanto mas se han ensañado en perseguirme (a).

CAPITULO XIX.

DEL ESTADO DE LAS LUCES EN GRECIA EN EL MOMENTO DE LA REVOLUCION REPUBLICANA.—SIGLO DE LICURGO.

Al hablar de luces en este *Ensayo* no me refiero por lo general mas que á la parte moral y política. Lo relativo á las artes, no entra propiamente hablando en mi asunto; sin embargo diré algunas palabras acerca de la influencia que esta parte pueda haber ejercido en algunos hombres, cuya historia me haya propuesto escribir.

Principiando nuestras investigaciones en el siglo de Licurgo, y concluyéndolas en el de Solon, nos encontramos desde luego con Homero y Hesiodo. No entretendré al lector con la historia de esos dos famosos poetas. ¿Quién no ha leído la *Iliada* y la *Odisea*? ¿Quién no conoce los *Trabajos y los dias*, la *Teogonia* y el *escudo de Hércules*? Homero dió Virgilio á la antigua Italia, y el Taso á la moderna: dió el Camoens á Portugal; Ercilla á España; Milton á Inglaterra; Voltaire á Francia, Klopstock á Alemania, y no necesita de las alabanzas que yo pueda tributarle.

Para nosotros la parte interesante de los poemas de aquel sublime talento es la accion que ejerció sobre la libertad de la Grecia. Licurgo fue quien los llevó á Esparta (1) y quiso que sus compatriotas bebiesen en ellos aquel entusiasmo marcial que ofrece una garantía contra la esclavitud por parte de los extranjeros. Solon escribió leyes á propósito en favor de aquel mismo Homero (2) que tambien ofrece rasgos de alto interés como historiador. Solo á los atenienses dió la denominacion de pueblo, y á los escitas la de los mas justos de los hombres (3). Con una sola pincelada caracteriza muchas veces la política y moralidad de aquellas antiguas naciones.

Las obras de Hesiodo estan llenas de las máximas mas excelentes. No veia este poeta los hombres bajo un aspecto muy risueño, y respira en sus obras aquella melancolía que al parecer es propia de los mas insignes talentos. Sabido es que Virgilio tomó de la obra titulada los *Trabajos y los dias* la idea de sus *Geórgicas* (4). De la magnífica descripcion de la edad de oro (5) sacó este interesante pasaje:

¡Oh fortunatos nimium, sua si bona norint,
Agricolas!

Considerable debió ser la influencia que Hesiodo ejerció en su siglo, cuando apenas era aun conocido el arte de escribir en prosa. Sus poemas propenden á encaminar los hombres hácia el estado de la naturaleza: la moral acompañada de la magia, de la versificación, produce casi siempre un resultado seguro.

Thales de Creta, poeta y legislador, de quien apenas conocemos mas que el nombre, fue el precursor de las leyes en Lacedemonia (6). Por la amistad que profesaba á Licurgo, se resolvió á pasar á Esparta, y

(a) Tambien he trasladado algunas pinceladas de este retrato en el *Genio del Cristianismo*, al hablar del modo de escribir la historia. (N. ED.)

(1) PLUT., in *Lic.*

(2) LAERT., in *Solon.*

(3) *Il.*, lib. IV.

(4) *Georg.*, lib. II, v. CLXXVI.

(5) HESIOD., *Opera et Dies.*

(6) STRAB., lib. X, p. 482.

por la dulzura de sus cantos y pureza de sus dogmas preparó los ánimos á la revolucion. Conocian muy bien esos eminentes varones que no conviene precipitar á los pueblos en extremos opuestos cuando se trata de que las reformas sean duraderas. No hay revolucion donde los ánimos no estan preparados: puede suspenderse el curso de las ideas momentáneamente poniendo en juego la violencia: mas si no se cambia el origen de donde ellas dimanen, no tarjaron en volver á seguir su natural inclinacion (b).

Por esta razon los filósofos de la antigüedad dulcificaban los preceptos de la sabiduría, engalanándolos con los encantos de las Musas. A los ingleses ha caído el honor de ser los primeros entre los pueblos modernos que han aplicado la poesía en asuntos útiles á los hombres. La Francia por su parte se preparó á las buenas costumbres con la *Doncella de Orleans* y otras obras del mismo tenor que ni siquiera me atrevo á nombrar (c).

CAPITULO XX.

SIGLOS MEDIOS.

El siglo que vino en pos del de Licurgo, recuerda el nombre de algunos legisladores, cuyos escritos no han llegado hasta nosotros.

Mas adelante apareció Tirteo (7), cuyos cantos hicieron triunfar la injusticia; Arquilocco, lleno de crímenes y de talento, fue el primero que se atrevió á publicar á la faz del mundo (8) la historia de su conciencia, é Hipponax (9) cuyos conceptos respiran hiel y odio. En cada verso de estos poetas se trasluce el espíritu de su época, y la vehemencia y el entusiasmo dominan en las pasiones que nos dejaron descritas. Su siglo puede con razon llamarse el de la energía, aunque no fue el de mas lata libertad. No se crea que esta observacion sea frívola; pues por ella se viene en conocimiento de la fermentacion que anuncia y precede al regreso periódico de las revoluciones de los pueblos.

Dracon floreció tambien en aquella misma época, y es produccion suya la obra que J. J. Rousseau nos ha dado en su sublime *Emilio* (d). Era un tratado de educacion (10) que seguia al hombre desde la cuna hasta el sepulcro al través de todas las miserias de la vida. La revolucion griega y la francesa fueron precedidas poco mas ó menos de una misma clase de escritos.

Epimenides trató como Fenelon, de hacer felices á los hombres dirigiéndolos por la senda del amor y del

(b) Observacion muy exacta. De aquí nace que cuando se ha verificado la revolucion en el corazon, esto es, en las *ideas* y en las *costumbres*, no hay humana fuerza que pueda oponer un dique al torrente. (N. ED.)

(c) Esto es cierto. Nunca gozaremos de aquella clase de libertad, hija de las costumbres que pertenecen á la infancia de los pueblos, pero en cambio podremos tener la que nace de las luces, y de la edad madura de las naciones. Al escribir el *Ensayo*, no comprendia yo bien mas que el sistema de las repúblicas antiguas, ni habia fijado suficientemente la atencion en el descubrimiento de la república representativa que no siendo nada mas que una monarquía constitucional sin rey, puede existir con las artes, la riqueza y la civilizacion mas avanzada. La monarquía constitucional con un monarca es en mi concepto preferible á la otra; pero es preciso adoptar francamente la primera sino se quiere pasar violentamente á la otra. (N. ED.)

(7) PLUT., in *Agid.*, HORAT., in *arte poetica*. Con el objeto de presentar al lector bajo un solo punto de vista el cuadro de las luces y el espíritu de los tiempos, dejo para el siglo de Solon el citar los poetas que se mencionan en este capítulo.

(8) QUINTIL., lib. X, cap. I.

(9) ANTHOL., lib. III, HORAT., *Epod. VI.*

(d) Mas adelante hablaré sobre este particular. (N. ED.)

(10) ÆSCH., in *Timarc.*, p. 261.

respeto á los dioses (1). Si no temiera usar de grandes ejemplos para cosas pequeñas, diría que también pagó su tributo á la revolución francesa, inspirando á Mr. Hins (a) el asunto de su ingeniosa comedia (2).

Desgraciadamente no se presentan en este particular mas que notables diferencias. ¿Qué analogía puede haber entre los libros, fruto de una época de moralidad, y los publicados en tiempo del regente y Luis XV? En vano nos hacemos ilusiones: si, á pesar de Condorcet y la turba de filósofos modernos, juzgamos del tiempo presente por lo pasado, si un siglo encierra constantemente la historia del que le sigue, no vacilaría yo mucho en predecir lo que nos espera en lo sucesivo (b).

CAPITULO XXI.

SIGLO DE SOLON.

Esta es la época de una de las mayores revoluciones del espíritu humano, así como lo fue también de las mas considerables variaciones en la política. Todas las semillas de las ciencias que desde mucho tiempo atrás estaban fermentando en la Grecia, germinaron á la vez. No llegaron las luces como en nuestros dias al zenit de su gloria; pero alcanzaron aquella altura media desde donde ilustran á los hombres sin deslumbrarlos. Desde aquella altura despedían brillo suficiente para que el género humano progresara por el camino de la libertad sin temor de extraviarse en las ignoradas sendas de los sistemas, y tenían aquella justa proporción que nos da á conocer los principios sin el exceso de ciencia que nos impele á dudar de la verdad. La tragedia debió su origen á Thespis; la comedia á Susarion (3); la fábula á Esopo (4), la historia á Cadmo (5), la astronomía á Thales (6) y la gramática á Simonides (7). Memnon Antimaquides perfeccionó la arquitectura; la estatuaria se elevó por el ingenio de una multitud de artistas; pero sobre todo la filosofía y la política se remontaron á una altura desconocida. Repentinamente apareció una multitud de publicistas y legisladores, que dieron la señal de una revolución general. Así es también como hemos visto que los pueblos modernos han sido llamados á la libertad por los Locke, los Montesquieu y los J. J. Rousseau.

Fijemos por de pronto una mirada sobre las bellas artes (8).

CAPITULO XXII.

POESIA EN ATENAS.—ANACREONTE, VOLTAIRE.—SIMONIDES, FONTANES.—SAFO, PARNY.—ALCEO, ESOP, NIVERNON.—SOLON, LOS DOS ROUSSEAU.

Pisistrato al usurpar la autoridad soberana comprendió que para poder conservarla en un pueblo tan veleidoso, era preciso tenerlo continuamente distraído por medio de diversiones; mas atan las cadenas de flores que las de hierro. Llenó el patrio suelo de monumentos artísticos, y sus hijos, siguiendo el mismo sistema convirtieron su corte en punto de reunion de todos los mas brillantes ingenios de la Grecia (9).

(1) STRAB., lib. I.

(a) Nadie esperaría ver citado á Hins en este pasaje, pero es el tributo que un autor joven paga á su primera amistad literaria. (N. ED.)

(2) *Dispartamiento de Epimenides.*

(b) Lo que en tiempo de la república podía esperarse, era el despotismo militar: ya lo había yo previsto.

(3) ARIST., *de Poet.*, cap. IV.

(4) PHED., lib. I.

(5) SHID., *in Cadm.*

(6) HERODOT., lib. I, cap. LXXIV.

(7) CIC., *de Orat.*, lib. II, cap. LXXXVI.

(8) En lo sucesivo hasta el fin de esta revolución, tomaré la fecha del destierro de Hipias (olimpiada 67).

(9) PLUT., *in Hipparc.*

La capital del Atica resonó como la de Francia con las liras de los poetas y el rumor de las orgías. Oigamos al cantor octogenario de Teos, y al anciano de Ferney; al primero en los brillantes círculos de Atenas y al segundo en los de París.

«¿Qué me importan los vanos discursos de la retórica? ¿Qué necesidad tengo de tantas palabras inútiles? Enseñadme mas bien á beber el sonrosado licor de Baco, y á jugar con la amorosa Venus; la de los cabellos de oro. Pon, muchacho, una guirnalda en mis sienes encanecidas. Derrama vino en mi copa para que pueda adormecer mi espíritu. No tardarás en tenerme que llevar á la huesa, y entonces ya no me acosarán los deseos (10).»

«Si queréis que yo ame, decía Voltaire, volvedme á la edad de los amores: volvedme si es posible á la aurora de mis dias.

«El tiempo, asiéndome de la mano, me advierte que me retire de los deliciosos sitios en que Lieo comparto su imperio con el amor.

«Saquemos algun partido de ese rigor inflexible: no conocer el espíritu de su edad es lo mismo que exponerse á sufrir todos los inconvenientes de ella.

«Así he deplorado la pérdida de los placeres de mis primeros años.

«Cuando la amistad descendiendo del cielo se ha dignado venir en mi ayuda. La amistad que acaso será tan tierna como los amores, pero menos hermosa que ellos.

«Embelesado con sus nuevas gracias, é iluminado por su resplandor la voy siguiendo; pero lágrimas me cuesta el no poder seguir ya mas que á ella (11).»

Esas dos pequeñas obras maestras revelan que la buena sociedad es la misma en todas partes, y que del mismo modo se expresaban en la corte de Hiparco que en la de Luis XV y Luis XVI. Fácil es de ver que un pueblo que llega á tal refinamiento de ideas está ya muy distante de la primitiva sencillez, y por consiguiente muy próximo al tiempo de las revoluciones (c).

Al par de Anacreonte brillaba Simonides, de cuyo corazón se exhalaba continuamente la mas dulce filosofía, sobresaliendo particularmente en cánticos á los dioses. Mas cuando modulaba su lira los lamentables acantos de la elegía, el alma quedaba sumergida en la mórbida (12) tristeza de sus tonos. Decía que la virtud habitaba sobre unas rocas tan escarpadas que el hombre no podía llegar hasta ella sin aventurarse á caer en el abismo (13); que no hay perfección (14); que las debilidades mas merecen compasión que censura; que la vida no dura mas que un momento, que morimos para siempre, y que aquel momento debe concederse á los placeres (15).

Si algo puede dar una idea de aquella inefable mezcla de religión y melancolía, que domina en los versos del poeta de Teos, son los fragmentos que voy á insertar. Mr. de Fontanes puede con mucha razón ser llamado el Simonides francés. Me es sensible que con arreglo al plan de este Ensayo no me sea dable trasladar todo el pasaje.

El poema de donde lo he tomado se intitula *Dia de*

(10) ANACR., *Oda XXXVI.*

(11) VOLTAIRE: *Misceláneas poéticas.* — *Estancias á la vejez.*

(c) Doy demasiada importancia á esos dos pequeños poemas; pero tengo razon en darles el nombre de obras maestras.

(12) QUINTIL., lib. X, cap. I, p. 651.

(13) PLAT., *in Protag.*

(14) *Id. Ibid.*

(15) STOB., *Serm. CXVI.* Poseo algunas poesías de Simonides que no merecen la pena de publicarse, ni tienen relacion con mi objeto.

los muertos, y pinta una solemnidad de la Iglesia romana que se celebra el dia dos de noviembre.

«Desde lo alto del cielo el cruel Sagitario había asediado su arco y asolado la tierra. Las colinas, los valles y los prados no ostentaban ya mas que secos despojos y noviembre había contado su dia primero. En tanto yo contemplaba en la soledad la caída del año y vivía en el campo satisfecho con la tranquilidad que allí gozaba. ¿Cuál será el poeta que no se inflame de entusiasmo al presenciar cuadros tan interesantes; cuál será el alma sensible que no se haya complacido alguna vez con la monótona belleza de las escenas de otoño? ¡Ah! ¡con cuánto placer el meditabundo dolor pasea al ponerse el sol con pasos lentos por aquellos valles descoloridos, penetra en los bosques que amarillean, y escucha el rumor del viento que despoja á los árboles de su última verdura! Aquel sordo rumor tiene no sé qué misterioso encanto para mí. Si lo escucho agitarse repentinamente por el bosque, creo que los murmullos de la hoja seca son los acentos de alguna persona amada. Todo se encamina hácia el sepulcro en aquel triste período y por eso la religión toma un traje de luto, que aumenta su magestad: al aspecto de un mundo que se arruina, no parece sino que su divina grandeza toma mayores proporciones.»

En este otro pasaje se encuentra la pintura del sacerdote, pastor venerable que consuela al hombre moribundo y alivia al pobre afligido. El hombre justo pasa en seguida al templo y despues de un discurso análogo á las circunstancias.

«Prepara el augusto sacrificio. Unas veces sus brazos extendidos parecen indicar que el cielo será propicio, otras veces adora inclinándose profundamente. ¡Oh solemne momento! Ese pueblo prosternado, ese templo cuyo pórtico ha cubierto el musgo, esas antiguas paredes, esa dudosa claridad que penetra al través de las góticas ventanas, esa lámpara que suspendida desde la mas remota antigüedad brilla de dia y de noche ante el Altísimo, como un simbolo del sol ó de la eternidad, la magestad de un Dios; los gemidos, el murmullo de las oraciones, el incienso que humea ante el altar; esas jóvenes bellezas que al lado de sus piadosas madres acaban de dar un tierno interés con su inocente voz á la pompa religiosa; ese órgano que ahora está callando; ese piadoso silencio; esa invisible union de los cielos y la tierra, todo inflama, engrandece y conmueve al hombre sensible, que en el fondo de su alma cree haberse remontado al mundo inaccesible en que los serafines con las arpas de oro cantan himnos sin fin á los piés de Jehová. Entonces es cuando espontáneamente el espíritu se eleva á Dios, que se oculta al sabio y se revela al corazón tierno: debe menos probarse que sentirse (1).»

La multitud precedida de la cruz y mezclando sus sagrados cantos con el murmullo lejano de las tempestades, se encamina hácia la morada de los muertos. Allí la viuda llora por el esposo; la doncella por el que fue su futuro y la madre por un niño de pecho. Por tres veces la procesion da vuelta alrededor de las tumbas rociándolas con el agua expiatoria. En seguida el pueblo se dispersa: las nieblas del otoño se disipan y el sol aparece radiante en el firmamento (a).

Simonides tuvo también una suerte parecida á la de los poetas franceses en tiempo de la revolución. Vió los dos sistemas políticos que se establecieron en Atenas, esto es, la monarquía bajo los Pisistratidas y la república despues de su expulsion. Habiendo sido testigo de las victorias de los griegos sobre los persas las celebró con himnos triunfales, y aunque celebró á Hiparco obligado sin duda por los muchos favores

(1) *Diario de Peltier*, núm. 21, vol. III, p. 275.

(a) Tengo una gran satisfaccion en ver consignado hasta en mi primera obra el nombre y la memoria de un sugeto á quien tanto debía amar en lo sucesivo.

que de su mano había recibido, tributó desmedidos elogios á los que asesinaron á este príncipe (2). Los reyes caídos deben encontrar mas ingratitude que el resto de los hombres, por la razon de haber hecho mas favores (3).

No eran Anacreonte y Simonides los únicos poetas que habían adquirido la inmortalidad. Toda la Grecia repetía con entusiasmo los versos de aquella Safo tan célebre por sus vicios y por su número. También estaba reservado á nuestro siglo el recordar la inmoralidad de gustos de la décima Musa. Me es grato creer que tales costumbres no se encontrarían entre nosotros en el elevado rango que la calumnia se ha complacido en darles. Safo ejerció una influencia mas directa sobre su siglo inspirando á las jóvenes de Lesbos afición á las letras (4). De aquí nacieron ciertas sospechas que la oda siguiente no es muy á propósito para disipar.

A SU AMIGA.

«Feliz quien suspira á tu lado y por tí únicamente; quien goza el placer de oírte hablar; quien alguna vez te ve sonreírle cariñosamente. ¿Podrá la dicha de los dioses igualar á la de este mortal?»

«Al verte se insinua por todas mis venas un penetrante fuego y abrasa todo mi ser: el alma se deja apoderar de tan dulces ilusiones que no encuentro palabras, ni me queda voz para expresarlas.

«Extiéndese en torno de mis ojos á manera de una densa nube; pierdo el oído, y pálida, y palpitante, y confusa y turbada, me estremezco y muero (5).»

A este fragmento de la musa de Mitylene opondremos un pasaje del único poeta elegiaco que la Francia ha dado á luz (6). Las costumbres de los pueblos se pintan alguna vez mejor en sonetos de amor que en libros de filosofía.

DELIRIO.

«Ha pasado ya ese momento de placeres, cuya rapidez ha burlado mis deseos. ¡Ya ha pasado! Mi joven y tierna amiga, tu felicidad ha duplicado la mia: vuelvan á brillar tus ojos lánguidamente oscurecidos: vuelva este beso á reanimar tu existencia.

«Leonor, amante afortunada, quédate para siempre encadenada en mis brazos.

«Perdona mis arrebatos, Leonor; el amor es quien me incita á cometerlos. Mi ser se estremeció al aproximarse á tí. Cuando estoy mas cerca siento con delicia palpitar tu abrasado seno junto al mio.... ¡Ah! deja

(2) ELIAN., *Varied. hist.*, lib. VIII, cap. II.

(3) Yo deploraba hablando con cierto amigo, hombre de distinguido mérito en todas materias, esa malhadada volubilidad de opinion que alguna vez oscurece las mas brillantes cualidades. Contestó el amigo con estas reflexiones que prueban su sensibilidad y la rectitud de su juicio: «La sociedad juzga con demasiado rigor á los literatos. Habiendo estos recibido de la naturaleza un alma extremadamente sensible, no pueden menos de ceder á impresiones vivísimas. De aquí proviene el rápido cambio de sus ideas, de sus amores y de sus odios, particularmente si la novedad va acompañada de alguna apariencia de grandeza. Por otra parte, no hay que olvidarse de que la mayor parte de los literatos son pobres, y que la primera ley es la de la existencia.» Vuelvo á repetir; por mi parte profeso respeto á los literatos. Si hubiera tenido intencion de hacer alguna alusion personal, (lo cual está muy lejos de mi pensamiento) no habría elegido ese pasaje de M. de Fontanes, cuyo carácter, en los pocos momentos que tuve la dicha de conocerlo, me pareció tan puro como sus talentos.

(4) SUID., *in Sapho.*

(5) DESPR., *traduct. de Longin.*

(6) No hablo del caballero Berlin ni de M. Lebrun por no haber sido todavía publicadas las elegías de este poeta cuando sali de Francia. Ignoro si lo han sido posteriormente.